

#2216 Microrrelato

El Llanto

Miguel Franco Álvarez

Hospital Universitario de Santiago, Santiago De Compostela, España

Microrrelato

Él nunca había llorado. Aquella mañana bastaron solo dos palabras para que el llanto se agolpara en su garganta como un silencio insoportable. Después de tantos años viendo pasar la muerte por las mismas camas, tal vez la idea natural de la ausencia era ya parte de una cotidianidad triste, aséptica; no le suponía esfuerzo alguno arrimarse a la cama, asir una mano huesuda y fría y soltar con una voz austera, bien ensayada, que ya no había más que hacer, que solo quedaba acompañar. Entonces las caras miraban al suelo, los murmullos, los pormenores del duelo. Más allá de aquella ficción, él contemplaba impávido desde la distancia cómo esa blanca idea de ausencia comenzaba a invadir las formas desde los ojos hasta el pensamiento. Y quizá esa noche, quizá al día siguiente, camuflada entre el vaivén de carritos, tensiómetros, líquidos de innumerables colores, sonidos industriales a pequeña escala, grageas e imágenes pálidas, las sábanas amanecen vacías y lisas, repletas de ausencia.

Aquella mañana todo sería distinto y él lo sabía, porque bastaban dos palabras para que todos los significados se confundieran con la tristeza. Se colocó la bata, bostezó dos veces, los cordiales saludos matutinos. Recorrió el pasillo y accedió a la última habitación del ala. Entonces las miradas tan familiares imponen un orden distinto. En algún momento consigue decirlo, ya no queda más que hacer, solo queda acompañar. Y unos ojos vacíos, que no comprenden y responden al infinito dos palabras: vale, papá.